ciones debí á su bondadosísimo carácter, no puedo hacerlo; me falta valor para ello!

Dios haya dado el descanso eterno á su alma y la resignación necesaria á su familia para soportar tan dolorosa pérdida!

ANGEL DE GOROSTIDI.

NATURALEZA

(FANTASÍA)

El día era hermosísimo. Muy de mañana el sol, brillante perla envuelta en aéreas gasas encarnadas, doradas y azules, apareció en el horizonte sin que la más ténue nubecilla encapotase su dorado disco; un día, en fin, correspondiente á la primera decena de Junio, con toda la suavidad de aromas, que derrama pródiga la Naturaleza en esa época bienhechora; en que el espíritu entre tales encantos parece transportarse en alas de la fantasía, á esas regiones puras cuyo ideal nos alucina, donde por breves momentos olvidamos la prosa de la vida.

Sobre una campiña cubierta de flores, resguardada de los vientos fuertes por un pequeño monte, y mirando al azulado mar de una de las costas españolas más pintorescas, hallábase el encantado sitio donde sus más preciadas bellezas puso la Natura, armonizando los innumerables atractivos de la dulce y tranquila vida de campo con la sublime hermosura del mar.

El paisaje era sencillo; una extensa pradera dividida en parcelas sobre cuya alfombra, dibujábanse distintas figuras que en su colocación obedecían al delicado gusto femenino; más lejos como hemos dicho, un pequeño monte, grupos de árboles, y entre ellos algunos frutales que le daban el aspecto de un precioso bosquecillo, de agradabilísima estancia, principalmente en los calurosos días estivales; y al otro lado,

poco distante del mismo, una artística cascada, cuyas serpenteantes aguas llegaban á un precioso estanque, en el que nadaban varios patos y dos majestuosos cisnes, hermosas aves que entre sus nevadas plumas y su expresión esbelta y dulce parecen guardar el secreto de melancólica canción, quizá tímida, pero llena de vaga poesía. Allá en el fondo del paisaje, con su fachada frente al mar, destacábase una linda casa de campo, de caprichosas y delicadas líneas, la cual daba cumplido remate á tan ameno sitio, rica fuente de inspiración para que el pincel trazara un cuadro de la Naturaleza, en una de sus mas bellas manifestaciones.

En aquella preciada joya, envidiable asilo de soledad y reposo, vivían D. Juan, rico capitalista, retirado la mayor parte del año de la agitada vida de los grandes pueblos, y su hija Amalia, que, aunque no contaba más que veinte Abriles contaba más de veinte penas.

La quinta feliz, llamaban los campestres moradores del contorno á aquella casa, cuando detenían su paso frente á ella, extasiados por el manso piar de coros de alegres pajarillos que anidaban en las copas de los verdes árboles, participando así de aquella deliciosa mansión Pero seguramente la niña de la casa no se hallaría conforme con los campesinos, y quizá tuviera razón, porque el pesar, como el gérmen de una enfermedad, llega á nosotros sin advertirlo y se esconde a veces dentro de aquel ambiente que parece debe sernos más halagueño.

Pasó el día con todo el esplendor propio de la estación, y como fué tan caluroso, permanecieron cerradas las elegantes ventanas de la quinta, llena de encantos aun para los espíritus más estériles en interpretar la excelsitud de la Naturaleza. La niña estuvo sujeta, como su buen padre, por el calor sofocante, dentro de una habitación de delicado gusto. Por entre aquellas ventanas, ligeramente entornadas, parecía entrar un nuevo gérmen de vida y lozanía; caprichosos y elegantes tiestos estaban esparcidos en el ideal saloncito, cuyos claveles rojos, blancos, amarillos, etc., que en su colocación obedecían á la joven, semejaban estar satisfechos y agradecidos á aquéllas manos que tan tiernamente los mimaban, y esparcían riquísimos aromas por la habitación, formando un ambiente agradabilísimo. Varias pinturas, marinas y paisajes, firmadas por los más célebres artistas, adornan las paredes de la estancia y una mesita cubierta de mil caprichosas figuras daba remate á la decoración.

Tras un ligero airecillo, que vino del mar, al quebrarse entre las aguas el último rayo de luz, quedó la noche tan diáfana y clara, que era una delicia pasearse á lo largo de aquella magnífica quinta. Y efec-

tivamente, pasadas las primeras horas, salieron padre é hija á gozar de los innumerables encantos, que, ora en el ambiente, ora en el suelo, ofrecía la madre Naturaleza. Esta, como madre que es al fin, á los hijos que la aman y admiran verdaderamente, no escatima un sinnúmero de goces que nos hacen, si no olvidar, disminuir muchos pesares que nos persiguen con insistencia.

Iba, pues, la hermosa Amalia recostada suavemente en el brazo de su padre, recorriendo el amplio camino que dejaban las hileras de árboles, colocados á derecha é izquierda del terreno, en animada conversación, que debía ser muy de su agrado, á juzgar por la inquietud con que esperaba las respuestas.

Dulce, bienhechora brisa, agitaba los ligeros tallos de las plantas y los rubios bucles de la niña, que rozando sus blancas mejillas, caían ondulantes sobre su espalda. Las aguas corrían rumorosas, como si trajeran los ecos de perdidas canciones; los arboles cabeceaban ligeramente al soplo del aire; allá se escuchaba el cantar de tierno gilguerillo; más á distancia, los claveles y eliotropos derrababan sus más fragantes aromas, y más lejos, la contínua resonancia del mar, del sublime elemento que viene de lejanas regiones y muere en la orilla, como muere por hoy esta pobre fantasía...., murmurando.

MANUEL MUNOA.

AMOR Y NATURALEZA

(CONTINUACIÓN)

En aquel momento, y cuando más extasiados estaban, apareció rozando los afilados bordes de los montes vecinos, y entre resplandores sorprendentes la luna, tan bella y hermosa como cuando se dice llena.

Amalia no pudo evitar un espontáneo movimiento de admiración al divisar el astro en su magnitud, y siguiendo á la acción involuntaria la expresión de su sorpresa, dijo:

—Papá, mira, la luna asoma por las montañas vecinas, qué bella, qué hermosa es; yo no puedo, papá mío, explicarte cuánto me agrada ver una noche de luna. ¿No te parece que la luna es el consuelo de la noche? A mí se me figura ver una madre que vela solícita, desde esas alturas, nuestro sueño y reposo.

—Sí, hija mía, ese peregrino astro que gira al rededor de la tierra, es la admiración de los hombres. Desde el rudo marino que contempla estático sus rayos en los días de calina, hasta el labrador que vive en las montañas, raro es el mortal que en sus horas felices, no la haya confiado sus secretos y recuerdos, y con su divino misterio, es la compañera de los ensueños de la juventud.

—Y cuán triste es pensar que su superficie no está habitada y que domina en ella el silencio de las ruinas.

—Sí; un frío intensísimo domina en el satélite. Los ensayos telescópicos no han podido descubrir más que cráteres de volcanes apagados, grandes montañas y la ausencia de atmósfera respirable. El frío intenso por la disminución del movimiento vibratorio, le hace, según doctas opiniones, inhabitable. (Mas quién sabe si en tiempos remotí-

simos, fué un planeta que disfrutaba de condiciones apropiadas para la vida parecidas á las de la tierra? ¿Quién sabe, repito, si fué todo un mundo habitado, ya muerto, que reposa en la inmensidad de su ruina? Sin duda tiene esto su explicación, porque quizá la tierra y otros planetas aparecieron en estado incandescente al propio tiempo y fueron enfriándose sucesivamente, los menores en volumen, en tiempo más breve que los de mayor magnitud; y siendo la luna un astro muerto ¿no te parece que cuando se presenta en las alturas, envuelta en aéreas nubecillas, en vez de venir, como tú imaginas, para velar con su luz tan clara, tan brillante, el sueño de los hombres, lo hace para contemplar la brillantez de la tierra con cierta natural envidia, recordando aquella vida y lozanía que ella gozara en remotas épocas, ya perdidas á través del tiempo, ese arcano, ese mar insondable, donde se oculta eternamente todo lo que sucede en el Universo?

—Esas reflexiones me parecen muy tristes; hacen pensar con mucha profundidad en nuestro presente, pasado y futuro.

—Qué quieres, hija mía; no todo lo que se presenta ante nosotros es lisonjero y florido aunque así lo parezca; muchas veces el que divierte y alegra á los demás, lo hace en perjuicio de sí mismo, y quizá cuando más ríen sus semejantes, hondas lágrimas corren en su interior y caen en su alma como gotas heladas que apesadumbran y enfrían su ánimo. Si la luna, pues, es un astro muerto, su mismo estado es la demostración más cierta de que ha tenido vida, porque para morir es preciso haber vivido antes.

—La luna, papá, será así considerada científicamente, pero cuánto más agradable y hermoso para la humanidad es no ver en ella la imagen de una cosa muerta, sino la eterna compañera del amante que vela bajo las ventanas, una luna blanca, tímida, poética, que envuelve y acaricia suavemente con sus rayos plateados los pétalos de las flores, una luna que refleja su luz en las movibles hojitas de los árboles, produciendo innumerables rayos al quebrarse entre las ramas, una luna que colma de ensueño é ilusión la mente del mortal, cuando piensa en la realización de sus más halagueños proyectos, ideados en los momentos de calma y reposo. Yo, sinceramente, me apesadumbro oyendo razonamientos científicos, que son fríos como la ciencia misma, porque se engendran cuando el pensamiento se eleva hacia esas heladas regiones y penetra solo en ese gran vacío; no hay cosa más triste que un hombre, que en alas de su pensamiento y á merced de él, va por esos

ámbitos desconocidos; por eso yo prefiero la vida intima, de relación y afinidad mútua en nuestra esfera, pues aunque sea más limitada no es menos grande en cuanto el hombre la llene suficientemente, y quédese para Dios el gobierno de esas lejanías... Yo, cuando el pensamiento me lleva sin advertirlo á esas regiones, imagino por el contrario, que todo ello ha sido un sueño, y esas regiones interplanetarias, frías como la muerte y silenciosas como las ruinas, obras de una pesadilla, y siento un verdadero placer al despertar en la realidad, en la tierra, con sus campos de pintadas flores que exhalan aromas; con su brisa que las mece suavemente sobre sus tallos besándolas al pasar; con la madre Naturaleza, en fin, que tales encantos ofrece; con la vida que, aunque no exenta de pesares, tiene su oasis de placer en el hoyuelo de una sonrisa y su consuelo al dolor en la lágrima, gota de rocío caída sobre el pétalo de una flor que concentra en si la luz del alma y todo el calor del sentimiento.

—Veo que eres una verdadera erudita, le dijo su padre sonriente de satisfacción, notando con qué facilidad se explicaba la joven; y efectivamente, nada más satisfactorio podía ser para su padre, porque la joven al expresar sus ideas adquiría una actitud encantadora. Era cierta elocuencia espontánea, infantil, y sus ojos brillaban risueñamente, su rostro adquiría un ligero rosicler, mientras su serena frente se descubría con natural candor y su suelto cabello caía en rizados bucles hacia su espalda.

—Sí, papá, prosiguió, la vida tiene sus pesares y amarguras, pero también sus encantos.

—Sí, hija mía. Solamente que, como esa luna, tiene sus fases distintas según nuestras edades. En esa época feliz en que hasta las mariposas parecen halagarnos con sonrisas, nuestras penas palidecen pronto y vemos nuestra felicidad fácil, como esa luna llena en toda su hermosura, porque de todas partes recogemos algo para formar un todo heterogéneo que halague á nuestros ojos y satisfaga nuestro anhelo; luego... el tiempo pasa, y desechamos mucho de lo que recogíamos inconscientes para nuestro bien... y vemos nuestra felicidad más pura quizá, pero en cuarto menguante; después transcurre más tiempo y no cifamos ya nuestra dicha en las cosas por fútiles y vanas y vemos la felicidad allá lejana, imperceptible á los ojos, como una raya brillante casi perdida entre nubes, y luego ténue y más ténue se disipa, no se ve nada, pero esperamos ver en...

—Donde quieras, papá. Mas á fé mía, no todos discurren así. Escucha, escucha, ¡oh! qué delicia, qué grata armonía.

Era cierto; de lejos llegaba la resonancia de las notas lánguidas de los violines, acompañados de dulces voces humanas que aumentaban la placidez y vaguedad del reinado de la noche. El mar murmuraba con esa resonancia indefinida y las ondas fosforescian con miles de luces á los resplandores de la luna blanquecina.

Amalia, recordando la plática de su padre, miraba con los ojos muy abiertos á la luna llena, símil de las dichas juveniles, como queriendo descubrir discretamente esas distintas fases de la felicidad ..... infinita .....

MANUEL MUNOA.

EUSKAL IRAKURGAI ZARRAK

ZAZPI IZARRAK

Bein bazen laborari andi bat. Bi ououñek ebasi zeren idi pare bat. Mutila igorri zian ououñen onduan; nula ezpeitzen etcherat ageri, igorri zian neskatua mutilaren onduan: etchenko tchakurra neskatuari jarraiki zeyon. Egun zunbaiten burian, ezpeitzien mutila ez neskatua etcherat utzultzen, bera jouaiten da en tcherkatzera. Ezpeitzutian, younere edireiten aal, asizen arneguz eta maradikzionez. Ainbeste maradikzione egin zian ououñen kountre, noun Jinkouak, punizionetako, kondenatu beitzutian laboraria, bere bi mañateki, bi ououñak eta idiak, mundiaren urentziala drano: alkarren ondotik ebiltera, eta ezari zutian, zelian, zazpi izarretan. Idiak leen bi izarretan dira: neskatua bigeren itzar bakantian, tchakurra kantian beste itzar tchipiñi batetan eta azkenik laboraria, ororen ondotik, zazpi geren itzarrian.